

Presentación ante la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País del libro El testimonio de una superviviente del holocausto nazi

Autoría: Julio Iglesias de Ussel; Juan Carlos Sanz-Briz; Carmen Rocamora García

Afiliación: Catedrático de Sociología; miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas | Crítica de arte, conferenciante y escritora

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Presentación de libro y discursos	297-330	TDL-75-2020-297-330

RESUMEN DOCUMENTAL

Conjunto de intervenciones pronunciadas en la presentación del libro de Carmen Rocamora sobre Judith Rossenberg, superviviente del Holocausto. Julio Iglesias de Ussel analiza el testimonio desde dimensiones como la guerra total, la pérdida de identidad, el miedo, la solidaridad y la banalidad del mal; Juan Carlos Sanz-Briz subraya su valor para la memoria, los derechos humanos y la prevención de genocidios; Carmen Rocamora explica el origen del libro y reivindica la memoria de Judith y de las víctimas del nazismo.

PALABRAS CLAVE

Holocausto · Judith Rossenberg · Carmen Rocamora · memoria histórica · antisemitismo · derechos humanos · genocidio

CITA BIBLIOGRÁFICA

Julio Iglesias de Ussel; Juan Carlos Sanz-Briz; Carmen Rocamora García. «Presentación ante la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País del libro El testimonio de una superviviente del holocausto nazi». Torre de los Lujanes, n.º 75, 2020, pp. 297-330. ISSN 1136-4343.

**Presentación ante la Real Sociedad
Económica Matritense De Amigos
Del País del libro *El testimonio
de una superviviente del holocausto
nazi* (Xerion ediciones. 2017) de
Carmen Rocamora García**

Presentación del libro

El testimonio de una superviviente del holocausto nazi

Discurso de Julio Iglesias Usell

Distinguida Presidenta de la Real Sociedad Económica Matritense
de Amigos del País,

Distinguida y Querida Carmen,

Distinguidas Personalidades, Señoras y Señores:

Déjenme que comience transmitiéndoles el sentimiento que me embarga en estos momentos. Y no es otro como el que nos transmitió un torero, el Guerra, con la hondura propia de quien se juega la vida cada tarde. Con la sabiduría del oficio, nos advirtió que «no habría corrida de toros si las corridas se firmaran cinco minutos antes de iniciarse». La enorme responsabilidad por actuar de inmediato ante un público ya presente, conduciría sin duda a rechazar el compromiso. Le confieso que un sentimiento semejante tengo en estos momentos. Les aseguro que la responsabilidad de intervenir ante todos ustedes, me debería haber llevado a extremar mi prudencia. Pero los hechos y los compromisos por ser previos son ya inexorables, sin vuelta atrás y bien que lo siento por ustedes. Así, como en la fiesta de los toros, hay que seguir adelante aunque sea abrumado por la calidad de los intervinientes y de los asistentes.

Nos reunimos hoy para la presentación de una nueva obra que nos presenta Carmen Rocamora. Su autora es una personalidad singular que nos ha dejado ya numerosas pruebas de su excelencia intelectual. Estamos en presencia de una acreditada experta en arte, materia sobre la que ha publicado media docena de libros así como decenas de estudios en revistas especializadas de arte. También ha preparado y organizado números monográficos en una Revista tan acreditada como *Arbor*, dedicados por ejemplo «El arte del último siglo» o «La mujer en el arte».

Se trata pues de una persona dedicada intensamente al mundo del arte, desarrollada después de una exquisita formación fraguada en estudios realizados en Roma, con una Diplomatura en Arte Griego y Romano impartido en la Fundación Dante Alighieri de Roma, junto a estudios en la Facultad de Derecho de la UCM. La atención permanente al arte ha venido permeabilizado por la sensibilidad, por el espíritu analítico y por la reflexión objetiva que en toda su trayectoria intelectual ha hecho gala Carmen Rocamora.

Esa formación, alimentada por lecturas en las cuatro lenguas foráneas que domina —inglés, francés, italiano y portugués—, se ha proyectado en una rica dedicación como *Crítica de Arte*, sobre la que ha escrito permanentemente.

Estamos pues en presencia de una mujer renacentista que, desde la elegancia, cultiva los saberes más innovadores en el arte, la política y la vida. Siempre ha estudiado y creado desde el conocimiento y respeto a los clásicos, fuentes de inspiración de sus publicaciones.

Y nos entrega hoy una obra cuyo contenido rompe con su dedicación artística y lo hace para ofrecernos un libro verdaderamente singular por su procedencia y contenido.

Dado lo usual, hay que avisar que su libro *Testimonio de una superviviente del Holocausto Nazi* responde plenamente a lo que anuncia su título, cosa por cierto que no siempre sucede. En tantas ocasiones título y contenido son realidades autónomas. Pero en la obra de Carmen Rocamora no sucede tal disparidad. Porque el libro contiene el relato de Judith Rossenberg, una de las víctimas, como tantos otros millones de judíos perseguidos por el nazismo. Cuando tenía unos sesenta años, le relató a Carmen Rocamora las cicatrices de su alma, machacada por el sufrimiento que padeció en las persecuciones nazis antes de ser detenida y luego ya dentro de los Campos de concentración.

La obra tiene una viveza que convierte al lector en un espectador casi televisivo de una retransmisión en directo de una vida sometida por el terror nazi. Porque el libro no es una descripción de una vida machacada por la persecución; es mucho más: la denuncia moral de una página negra de la historia de Europa.

Carmen Rocamora nos ofrece la biografía-testimonio de una mujer, Judith Rossenberg, que tuvo la desgracia de nacer en una ciudad y país, Budapest, en cuya catedral se coronaban los Reyes del Imperio Austro-Húngaro, donde comenzó a sufrir todas las atrocidades desencadenadas durante la 2ª Guerra Mundial. Huérfana de padre a los 6 años y de madre a los 14, cuida a su hermano desde entonces. Se casa joven, tiene una hija en 1941, pero su marido y su hermano fallecen en el frente ruso, con 32 y 22 años. La guerra pues un dramático hecho real en su propia vida.

La obra recoge la información proporcionada en el diálogo entre Carmen Rocamora y la protagonista, Judith Rossenberg en la que describe su dramático sufrimiento por el hecho de ser judía. Una supervivencia física, materialmente, pero con una enorme carga de sufrimientos, torturas y vilezas sufridas por la persecución nazi durante la 2ª Guerra Mundial.

El texto nos narra su vida durante la ocupación, los ímprobos esfuerzos para sobrevivir y alimentar a su hija, trabajando casi clandestinamente, expulsada por ser judía de su piso, detenida por ser judía por la delación de una portera, pero una vecina acoge a su hija. Un momento traumático sobre el que todavía, años después, vivo su tormento, nos lo describe así: «No puedo pensar en el momento en que tuve que dejar a la niña. Creo que me daría un ataque al corazón. Sin embargo no queriendo ser presa de ese recuerdo, a veces acabo cayendo en él... y a partir de ahí, a pesar de mi lucha por no desmoronarme en las garras de esa memoria, acabo siendo víctima del dolor, de la soledad y del vacío tan inmenso de aquel momento en que perdía lo que más quería en el mundo» (pág. 34).

Tiene la viveza del testimonio de una vida sufrida con múltiples pruebas infringidas por el nazismo, pero también la autenticidad del testimonio de lo vivido y sufrido.

Estamos ante un libro muy valioso y, a la vez, sumamente oportuno porque, entre los múltiples males de estos inicios del siglo XXI, vuelven a rebrotar inadmisibles comportamientos persecutorios contra el pueblo judío. Los medios de comunicación informaban que en Francia este mes de febrero habían sido profanadas 96 sepulturas judías, y que en ese país se habían incrementado los actos antisemitas en un 74 % en 2018 y en Alemania en un 9,4 %. El odio y desprecio al judío y también al Estado de Israel cuenta con alientos más o menos velados. Por eso mismo debemos agradecer la oportunidad que nos ofrece el libro de Carmen Rocamora de reproducirnos un espejo de la maldad humana, como mejor medicina para eliminar para siempre la degradación del ser humano como ocurrió por el nazismo.

El libro nos confronta ante el dilema de la creación o de la narración de la realidad. No faltan quienes sostienen el acierto de escoger la crea-

ción literaria como fuente primordial del conocimiento. No en vano la creación literaria en la mayoría de las ocasiones es un viaje desde lo concreto a lo abstracto, de lo específico a lo genérico. Recientemente ha aparecido en español el libro del filósofo italiano Nicola Chiaromonte (1905- 1982), sobre la relación entre la historia y el individuo titulado *La paradoja de la Historia*. Cinco lecturas sobre el progreso: de Stendhal a Pasternak (ed original 1980, ed. Acantilado 2018) donde examina la relación entre el individuo y la historia. Las obras que estudia son —*La cartuja de Parma* de Stendhal, *Guerra y paz* de Tolstói, *Los Thibault* de Roger Martin du Gard, *La condición humana* de André Malraux y *El doctor Zhivago* de Boris Pasternak. A su juicio, «solo a través de la ficción y la dimensión de lo imaginario podemos aprender algo real sobre la experiencia individual». Es una forma de recorrer un periodo de Europa: desde Napoleón a la Revolución rusa y el régimen soviético. Varias maneras de ver la historia y la vida de la humanidad, en regímenes descritos como religiones sin dios, se convertían en ideologías y cosmovisiones centrales: la fe en el progreso, la creencia de la posibilidad de crear el cielo en la tierra, la esperanza en la razón, la convicción revolucionaria.

Hay que lamentar que el autor no haya integrado en su análisis algún testimonio literario que le sirviera a desgranar el régimen nazi. Pero de la misma manera que el autor va desde la creación literaria a la realidad, no menos acertada resulta la estrategia inversa. Partir desde lo individual para ascender hasta lo general o colectivo. Si se quiere desde la vida de una persona —en este caso Judith Rosenberg- a la caracterización colectiva. Y nada menos que esto es lo que nos ofrece en el fondo el intenso libro de Carmen Rocamora.

Y me gustaría destacar esta dimensión colectiva, general de su obra resaltando esa perspectiva comunitaria, social, general fijándose en varios planos.

Cada libro permite desde luego múltiples tipos de lecturas. El significado de un libro no está encerrado, sino abierto de par en par, en sus páginas. La biografía de Judith incrementa aún más los planos posibles al abordar hechos históricos sobradamente conocidos y estudiados. Respetando todas las lecturas posibles yo quisiera ofrecer la mía propia, que es una lectura transversal de algunos elementos que subyacen entre líneas y me parecen destacables para desgarnar su interioridad. Entre los muchos planos en que podríamos detenernos quisiera mencionar cinco de ellos.

- El alcance de la guerra
- La anulación de la identidad personal
- El miedo
- Las dos caras de la realidad
- La banalidad del mal

El alcance de la Guerra

La primera virtud de esta obra que quisiera destacar es que desmiente la usual interpretación y alcance de la Guerra. Se atribuye a Clemenceau (1841-1929) uno de esos juicios donde se nos alerta al avisarnos de que: «La guerra es un asunto demasiado serio como para dejárselo a los militares». Se ha repetido en innumerables ocasiones, aunque por cierto me parece un juicio poco acertado, porque en la mayoría de las ocasiones las guerras no son impulsadas o desencadenadas por los militares —no en vano son los primeros destinatarios de los ataques— sino, en tantas ocasiones, por políticos y sectores de la población enardecidos por políticos y por medios de comunicación.

Existen numerosas razones para sacar a la guerra de la esfera de los militares, ampliando el horizonte de su interpretación. Ya nos lo advirtió, poco antes de la primera guerra mundial, el poeta Paul Valéry cuando nos avisó que la inhumanidad tenía un gran futuro. Fue lamentablemente profético, pero estoy seguro que su imaginación poética no pudo sospechar el increíble nivel de terror que alcanzaría la inhumanidad como consecuencia de la maldad humana no solo Nazi sino también la materializada por Stalin, o en Camboya, líderes en la liga del mal de la humanidad.

Por eso circunscribir los análisis de la guerra en la propia guerra, me parece una muy grave limitación interpretativa. Es lo que ocurre con los análisis y la infinidad de libros sobre las más diversas guerras, centrados en los avatares de las estrategias militares. Movimientos de los ejércitos, avances, retrocesos, victorias, aciertos y logros llenan en exclusiva muchas páginas de historia. Son pues universos cerrados, que postergan por completo sus efectos directos globales, que solo analíticamente podemos denominar colaterales, y que sin embargo son los esenciales: el sufrimiento, el dolor, las muertes, las orfandades, los éxodos multitudinarios, raíces y vivencias del entorno, la quiebra de familias, amistades y trabajos, los destrozos y abandonos de bienes y vidas, el hambre, el frío, la humillación, el truncamiento de futuros soñados quebrados irremisiblemente y tantas otras desgracias. Es si se quiere el plan B de las acciones bélicas pero a las que en tantas ocasiones se les ha otorgado incluso prioridad básica por su repercusión directa en la moral y los suministros de quienes luchan en los frentes.

No es necesario hacer un inventario de los terrores sufridos por las poblaciones en guerras en todas las geografías. Basta un ejemplo; en una reciente conferencia en Madrid el historiador británico Anthony Beevor (Londres 1946) sobre «La segunda guerra mundial y sus consecuencias» —cito por recensión en Revista de

Occidente nº 453, febrero 2019- autor entre otros de Stalingrado, ha recordado por ejemplo como en 1945 en Prusia Oriental «para huir de la indiscriminada venganza del ejército rojo o soviético, familias enteras caminaban a través de la Laguna del Vístula helada —hoy entre Polonia y Rusia- esperando que las placas se rompieran para morir congelados y ahogados. (pág. 130).

Y Beevor reconoce que lo que más le ha impresionado de lo que ha investigado ha sido que «las autoridades militares japonesas no simplemente aprobaron sino que alentaron activamente el canibalismo, especialmente hacia el final de la guerra. No fueron casos aislados. Los testimonios indican que el canibalismo fue una estrategia militar sistemática y organizada».

La biografía de Judith nos ofrece por contraste no la visión militar, sino civil, humana del terror y de la guerra. Pues bien, confrontarnos con el drama individual, la persecución ejercida sobre una persona concreta —Judith- nos ofrece más claves sobre el régimen nazi que cualquier monografía sobre la guerra. Clemenceau en efecto se quedó desde luego corto.

La anulación de la identidad personal

La biografía retrata la pretensión de anular la identidad personal de los judíos dentro y fuera de los campos de concentración. Se trata de evidenciar que tu no tienes vida propia, sino que tu propia vida —a cada hora y cada día de la semana- depende del otro, de tu perseguidor. Tu vida está al servicio del otro. Es la evidencia de la realidad de la guerra total, sin límite de maldad, sin esferas ajenas.

Y eso se logra por todos los medios, incluyendo los materiales. El más conocido fue la imposición de llevar la Estrella de David.

Era un instrumento para oficializar la segregación, identificar la persecución, favorecer el menosprecio social y para alimentar el odio. Judith nos recuerda en alguna ocasión (pág. 53) que la privación de uno mismo alcanzaba a la eliminación de los espejos, que son la materia que alimenta nuestra privacidad y de la identidad personal. Nada de ello es posible. Uno solo está para los otros, siempre que fueran los guardianes, no para sí mismo.

Contó Jorge Semprún en su obra *La escritura o la vida* que durante dos años vivió sin verse el rostro, encerrado en el campo de concentración nazi de Buchenwald: «No hay espejos en Buchenwald. Veía mi cuerpo, su delgadez creciente, una vez por semana, en las duchas. Ningún rostro, sobre ese cuerpo irrisorio». [Unas 56.000 personas fueron asesinadas en el sistema de campos de Buchenwald, desde su apertura en 1937 hasta su liberación en 1945. Los prisioneros veteranos se negaban a visitar al médico, siempre, ocurriera lo que ocurriera. «Lo habitual era salir de la enfermería por la chimenea del crematorio», resumía Semprún, detenido en 1943 como comunista español en la Resistencia francesa. «Dulzón, insinuante, con tufos acres, propiamente nauseabundos. El olor insólito, que era el del horno crematorio», recordaba.]

Aparentemente, los peores sufrimientos físicos podían ser el dolor físico, el hambre, la malnutrición, la ausencia de cuidados en enfermedades, frío, malos tratos y toda clase de agresiones incrementados por la falta de medicinas. Pero no hay que olvidar que nunca es el cuerpo donde más se sufre, sino en el alma. Y el sistema nazi empleaba toda su maldad en encarnizarse contra el alma de todas las maneras imaginables. Hasta maltratando a los acosados con el encubrimiento de su inmediato futuro.

Se trataba de eliminar la identidad personal, tratando a los perseguidos como objetos, transportados como animales. Ser judío era

ignorar qué les iba a ocurrir en el minuto posterior, pero en el que estaba claro que todos los males podían materializarse. El futuro inmediato estaba solo en las manos o los antojos de sus torturadores. Nada sabían dónde ni cuándo les iban a llevar a otro lugar; qué iba a ser de ellos. Se buscaba degradarlos matando a personas como capricho, para atenuar el aburrimiento de los represores. Ese universo carcelario era su impuesto y permanente destino.

El Miedo

Una dimensión transversal pero esencial de la obra es el miedo. El miedo es en efecto el substrato de la biografía de la tormentosa vida de Judith. Toda ella viene condicionada por la implantación del terror en toda la ciudadanía. Pero el nazismo logró implantar el terror para degradar por completo la vida humana. Quizá fuera la primera —pero no la última— experiencia de implantación de la industria del terror como estrategia de dominación política del frente y de la retaguardia, como instrumento para sentar la terrible dominación.

El análisis del miedo que hizo Ortega y Gasset, nos revela la enorme gravedad del terror infringido por el nazismo. Diferenciaba el miedo según su carácter crónico o temporal del miedo; consideraba que lo propio del ser humano era el miedo temporal, mientras que el animal lo vivía en permanencia, sojuzgado siempre en permanencia. Pues bien, la barbarie nazi quiso degradar a la población, generalizando el miedo en permanencia, como estrategia de sojuzgamiento y humillación del ser humano. Es decir, buscó implantar y que viviera el miedo característico, según Ortega, del animal: «En el animal el miedo es permanente, es su modo de existir, es su oficio. Se trata,

pues, de un miedo profesional (...). Por eso, mientras el pavor hace al hombre torpe de mente y moción, lleva las facultades del bruto a su mayor rendimiento. La vida animal —concluye- culmina con el miedo» (Sobre la Caza ed. FOM, Madrid 2008 pág. 106).

Vivir con miedo significa vivir sin libertad, sin autonomía, sin vida personal ni acceso a contactos espontáneos; todo queda sometido a la espada de Damocles de quien persigue a la colectividad. El miedo a la muerte, vehiculada como muerte adelantada en pequeñas dosis. El miedo como sometimiento y parálisis.

La biografía que nos ofrece Carmen Rocamora nos proporciona un vivo retraso de esa invasión del miedo, de su lucha para sobrevivir eludiendo la parálisis que el terror nazi buscaba desencadenar. Porque con el miedo el individuo queda aislado por completo, desconfiado y desvinculado de su entorno, porque la única presencia es la del inductor del miedo, es la sola compañía paralizante, que es el objetivo perseguido por el desencadenante del terror.

En los perseguidos el miedo es su hábitat omnipresente. La propia Judith nos lo confesará al reconocer su suspensión momentánea dado que «llevada por una fuerza sobrenatural, que ahora no puedo comprender decidí que me tenía que exponer, y el miedo lo aparqué, lo borré, le impedí existir, para permitirme seguir adelante» (pág. 23).

Las dos caras de la realidad

Pero la obra desgrana también las dos caras de la realidad y de las vivencias que sufre la protagonista durante la persecución nazi. Es la naturaleza dicotómica de la realidad social. La realidad y la vida alberga en sí tanto la excelencia como la miseria. El ser humano puede ser la mejor y la peor criatura de la naturaleza, y esas dimen-

siones se agudizan hasta el infinito en el trauma de una persecución y una guerra como ocurrió por el nazismo.

La biografía de Judith nos ofrece esas dos perspectivas en el mundo subterráneo durante la 2ª guerra mundial. Ofrece el testimonio de delaciones, abusos y persecuciones de conocidos y vecinos, pero también de lo contrario. Aparece también la existencia de actos de generosidad, incluso con riesgo personal, en el mundo subterráneo ajeno al terror implantado en la vida pública y oficial. La guerra y la persecución por fortuna también dan lugar a actos de generosidad, al nacimiento de amores, a la práctica de ayudas y colaboraciones, incluso ilegales, los robos para conseguir lo imprescindible para sobrevivir, las ayudas —como resalta en alguna ocasión- de católicos a judíos, las estrategias conjuntas para sobrevivir buscando comidas, vestidos o medicinas, etc.

La propia biografía de Judith nos revela ejemplos excelentes de esa solidaridad, tanto la ejercida por ella como los cuidados y atenciones exquisitas recibidas durante su enfermedad en el Campo de concentración. El calor humano, la ayuda generosa, la entrega a los otros, dotan de humanidad el testimonio de una biografía atravesada por la barbarie del terror.

La obra nos ofrece vivas muestras de que la miseria y la generosidad conviven en las atroces vivencias de un terror contra los judíos antes y durante la 2ª Guerra Mundial.

La banalidad del mal

La biografía de Judith Rossenberg es un ejemplo de los sufrimientos originados en el contexto de lo que, años después, se denominó la banalidad del mal. Se trata de una expresión acuñada

con enorme éxito por Hannah Arendt, una acreditada especialista en filosofía política, alemana de origen judío, en su libro *Eichmann en Jerusalén*, cuyo subtítulo es «Un informe sobre la banalidad del mal», con argumentos tan brillantes como cuestionados. Eichmann fue el responsable del traslado de centenares de miles de judíos a Campos de exterminio donde serían asesinados. Refugiado en Argentina, los servicios secretos israelitas lo secuestraron en 1960 para llevarlo a juicio en Israel. Arendt siguió el juicio de Eichmann para la prensa americana, y le escandalizó la superficialidad de sus argumentos, la simplicidad de sus alegatos circunscritos a las órdenes recibidas. Un burócrata que ejecutaba los mandatos de sus superiores sin cuestionar el alcance moral de sus propios actos. Arendt mostró su preocupación porque personas «normales» pudieran ser asesinos múltiples con solo órdenes. Describe la rutinización del mal, el mal tenía su origen en la espontaneidad y falta de reflexión, en la ausencia del pensamiento crítico. El problema del mal banal —pero extremo— es que sus motivaciones no son racionales. No hay motivos específicos, sino superficiales en la argumentación del agente maligno. Cualquier funcionario, cualquier empleado de la Administración Pública bajo condiciones especiales puede ser un criminal de guerra. Arendt llegó a la conclusión de que los crímenes más horribles pueden originarse no sólo en el sadismo y la perversidad, en la intención criminal, en la voluntad expresamente dirigida hacia el mal, sino también en la superficialidad y la frivolidad, en la ausencia de pensamiento y de valoración moral.

El drama de la persecución judía por la Alemania Nazi, que la obra describe en el terrible sufrimiento cotidiano de una persona, pone de relieve la responsabilidad no solo de los dirigentes sino de múltiples sectores de esa sociedad unos por su pasividad, pero también no pocos por su activismo y colaboración en la barbarie. Gentes cola-

boraron activamente en las aberraciones de la persecución, como sucedió con el grupo denominado, muy expresivamente, «verdugos voluntarios» de Hilter, estudiados y retratados en el libro Goldhagen *Los verdugos voluntarios de Hitler*. Los alemanes corrientes y el Holocausto Taurus 1997. No fue pues una estructura administrativa que, incomprensiblemente, cumplían órdenes. Hubo, por si lo anterior no fuera ya alarmante, demasiado colaborador activo en la barbarie, en la persecución y en el holocausto. No fue una mera imposición desde el poder, sino también responsabilidades muy amplias en la materialización de la persecución del pueblo judío.

No son pocos los testimonios literarios en este sentido. Thomas Mann, por ejemplo, en su obra *Doctor Fausto* planteó cómo la máxima degradación, la mayor degeneración humana pudo desarrollarse en el nacional socialismo en una sociedad como la alemana, sin embargo culta, cultivada, formada, implantando una burocracia torturadora hasta límites nunca imaginados, en el país de la alta cultura como Alemania.

* * *

El recorrido de estas cinco dimensiones nos pone de relieve que la obra recoge problemas esenciales de nuestra contemporaneidad. Ninguna de estas cuestiones se plantea exclusivamente en un régimen de terror como el nazi; otros regímenes políticos pueden intervenir en esas estrategias, aunque no lo instrumentalicen directamente mediante el terror, lo cual desde luego no es una diferencia accesoria. Pero que existan estos problemas, aunque sin el empleo de la violencia o el terror, dota de oportunidad a esta obra y activa la conciencia moral de los lectores sobre los riesgos, también, de nuestro tiempo.

Al final la obra es también un cántico a la esperanza, dentro de las atrocidades que sobrevivió la protagonista Judith Rossenberg. Lo que mantuvo viva a la protagonista, pese a sus atroces experiencias, fue la propia vida. Pero ojo, no la suya sino la vida que había acunado: fue el sueño de volver a encontrarse con su propia hija a la que, al ser detenida, tuvo que entregar a una vecina. Y su recuperación fue desde entonces el único alimento de sus sueños y el motor para, desde su presente de terror, soñar con un futuro diferente con su hija. La única emoción de la libertad reside en el sueño de reencontrar su hija, en la recuperación de su propia vida en el de su hija con quien, aunque separada, había vivido íntimamente unida durante todos sus troces sufrimientos.

Al concluir la lectura de esta terrible experiencia vital que fue la vida de Judith Rossenberg, el mensaje sublime de la obra es el de la generosidad, el de la entrega de una madre al reencuentro de su propia hija. Si se quiere es la vida la que alienta a la vida sin cesar.

Carmen Rocamora nos ofrece por tanto cómo entre los padecimientos por los múltiples sufrimientos de Judith, nos deja también el aliento de la vida, la esperanza de del futuro, el testimonio soñado del encuentro con su propia hija. Carmen nos ha ofrecido un maravilloso mensaje, del que debemos tomar buena nota, cada uno en nuestra propia existencia. Porque en su libro, invirtiendo las reglas de la propia naturaleza, Judith sumida en el terror nazi, vivió porque fue su propia hija quien dio la vida a su madre. Una lección de futuro y ternura —si se quiere invertida-, que es un admirable ejemplo para nuestro presente.

Por eso con mi felicitación profunda, le expreso mi gratitud y admiración de lector. Es una muy valiosa y oportuna lección moral del pasado y a la vez para el futuro, que el libro de Carmen nos ofrece desde el terrible testimonio de la impuesta peripecia vital de Judith.

Gracias sinceras por traerlo a nuestra memoria y con mi sincera gratitud mi profundo reconocimiento y aplauso que como lector Carmen te hago llegar.

Presentación del libro

El testimonio de una superviviente del holocausto nazi

Discurso de Juan Carlos Sanz-Briz

Señoras y señores. Muy buenas tardes y bienvenidos a este histórico e impresionante salón de la Matritense. Veo que está repleto de gente. Muchas gracias a todos por haber acudido. Es un honor para mí presentar el nuevo libro de Carmen Rocamora: «El testimonio de una superviviente del Holocausto Nazi».

Carmen Rocamora, Marquesa de Mirasol, es una destacada experta en arte contemporáneo, período que sigue investigando y sobre el que ha publicado extensamente. No voy a hablar sobre ella todo lo que se merece, porque muchos de ustedes la conocen mejor que yo.

Dicho esto, me gustaría mencionar que Carmen es crítico de arte, conferenciante y escritora.

Hoy, presentamos la sexta obra que publica. Sus primeras obras fueron sobre arte y son excelentes. Ésta, transcurre cronológicamente al mismo tiempo que Pablo Picasso, y otros genios, seguían impulsando el Arte Moderno en París en 1944, pero muy poco tiene que ver con el arte. Todo lo contrario. Versa sobre el Holocausto. Paradójicamente, creación artística y destrucción humana, ambas, con intensidades sobrecogedoras, ocurrieron muy cerca y simultáneamente en Europa.

Muchas gracias Carmen, por invitarme a hablar hoy sobre tu libro.

El Holocausto eliminó de la faz de la tierra, por el mero hecho de ser judíos, a seis millones de seres inocentes, en poco más de cinco años. Sigue siendo, con gran diferencia, una de las mayores tragedias de la Humanidad, entre otras razones, por su injusticia, crueldad y enorme número de víctimas.

Se podrá perdonar, pero nunca olvidar.

El ser humano sigue sin aprender del pasado, y, desgraciadamente, vuelve a cometer los mismos errores, una y otra vez. A pesar de lo mucho que se ha hablado, escrito y recordado el Holocausto, los genocidios y crímenes contra la humanidad no han cesado desde entonces.

Por citar algunos ejemplos, véase lo ocurrido hace algunas décadas en Camboya - principalmente con los jemeres, el denominado "auto genocidio", y en Ruanda - donde cientos de miles de tutsis fueron exterminados por los hutus, sin olvidar que, por esos mismos años, a pocos kilómetros de Venecia, en la ex Yugoslavia, se produjeron horribles matanzas étnicas. Mas recientemente, lo ocurrido en Iraq y Siria - con cristianos y yahidíes - y en Myanmar con los rohingyás, a pesar de que la líder civil de este país, fuera y siga siendo - Premio Nobel de la Paz.

Hace algunas semanas, el Senado americano condenó enérgicamente a China por sus abusos con los Ugures, una comunidad musulmana suní que habita en la región de Shinyian, desde el siglo IX. Según sus datos, posiblemente, hasta 2 millones de sus miembros — hombres, mujeres y niños - de todas las edades - han sido trasladados a "campos de reeducación".

¿Se imaginan ser uno de ellos?

Hay que evitar, a toda costa, que estas tragedias se repitan.

La historia nos demuestra que los genocidios y crímenes de lesa humanidad se fraguan silenciosamente. Técnicamente, hay diferencias entre unos y otros, pero en definitiva son lo mismo. Poca gente se percata de su puesta en marcha, hasta que aparecen noticias sobre sus primeras víctimas. Hoy, afortunadamente, gracias a los observatorios de las organizaciones de derechos humanos, las redes sociales y las nuevas tecnologías, al menos, nos enteramos mucho antes de ello.

Estamos en la era de la prevención. Queremos prevenir en todos los campos. Hemos logrado algunos avances, por ejemplo, con los accidentes, la salud y la economía. Pero en lo que se refiere a los genocidios, los crímenes de guerra y de lesa humanidad, todavía no podemos ni prevenirlos, ni cortarlos de raíz.

En cambio, lo que SÍ se ha demostrado — y esto es fundamental - es que **PODEMOS DETENERLOS**. Sin intervenir bélicamente - como ocurrió en Myanmar - o mediante la fuerza - como ocurrió con DAESH.

La opinión pública es clave para que medios de comunicación, gobiernos, organismos y alianzas internacionales y personas de peso en el mundo, se movilicen, ejerzan presión y logren pararlos, lo antes posible. Para que la opinión pública, es decir, **CADA UNO DE NOSOTROS** - se oiga con fuerza, tenemos que ser muy conscientes de las atrocidades que ocurren en los genocidios y situaciones similares.

Carmen Rocamora, con este libro, contribuye de forma contundente a lo anterior. Nos lo explica con la mayor claridad y detalle.

Relata lo que le ocurrió a Judith Rossemberg en la Segunda Guerra Mundial. Judith era una mujer joven, húngara, casada y madre de una niña de corta edad. Era inteligente, educada, culta, guapa y elegante. Además, buena y generosa. Tenía familiares adi-

nerados, y como era tenaz y trabajadora, su negocio marchaba bien. No tenía problemas con nadie. Simplemente, vivía feliz con su familia en Budapest. En definitiva, era una mujer estupenda a la cual no se le podía reprochar nada. Sin embargo, para los nazis, Judith, tenía una tara insalvable: era judía.

Les voy a pedir que, por favor, intenten viajar mentalmente a la época en la que transcurre la obra. Los finales de la segunda guerra mundial.

Hitler estaba perdiendo la guerra cuando invade Hungría en marzo de 1944. Tenía dos objetivos: Primero - frenar el avance del Ejército Rojo hacia Berlín y Segundo - aniquilar el último reducto importante de judíos que quedaba en Europa. Para garantizarse esto último, ordena a Adolf Eichmann - su máximo experto en exterminación de judíos - a dirigir personalmente, in situ, la operación.

Tal era la obsesión de Hitler por implementar en Hungría, lo antes posible, «su solución final», que utiliza la mayoría de sus trenes - no para transportar tropas y armamento al frente - como hubiera sido lo lógico - sino para deportar a judíos, a los campos de la muerte. Eichmann, en menos de 8 meses, a través de distintos métodos, logra exterminar al 70% de la población hebrea húngara. Casi 600,000 personas.

Fue un infierno. Por mencionar un ejemplo gráfico: las caudalosas aguas del Danubio, llegaban a teñirse de rojo, por las continuas ejecuciones sumarias que tenían lugar en sus orillas. No entro en más detalles.

Como les decía, el libro nos cuenta lo que le pasó a Judith.

La narración arranca en Budapest, lugar donde era un privilegio vivir, en plena guerra. Una ciudad, segura, señorial, de buen ambiente y con costumbres del recientemente extinto Imperio Austro-Húngaro. Estaba bien abastecida. No faltaba casi de nada.

Gozaba de una agradable vida social, cultural, artística y tradición musical.

En Budapest, se vivía de maravilla, comparado con la mayoría de las otras capitales europeas. Era, sin duda, un pequeño oasis de paz, ajeno a los horrores de la guerra, por haberse alineado Hungría con Alemania, poco después del inicio de la contienda.

Aunque la comunidad judía había sufrido cierta discriminación legal y laboral, las cosas no habían ido mucho más allá - hasta el punto - de que muchos judíos huyeron con sus familias, de Alemania, Austria y Eslovaquia para instalarse a vivir allí.

Todo cambia de la noche a la mañana, cuando Alemania invade Hungría, al enterarse de que su regente - Miklós Horthy - estaba negociando en secreto, desertar el EJE y firmar la paz con Stalin. Budapest se vuelve inmediatamente una ciudad peligrosísima para todos sus habitantes, y especialmente para los judíos. En sus cielos, los bombardeos aliados empiezan y rápidamente se multiplican.

De sus tranquilas calles, de repente, se apoderan, sembrando el terror, las SS y sus milicianos húngaros: los nylas, quienes, eran incluso más agresivos que los nazis, con sus compatriotas judíos. Poco después de tomar el control de la ciudad, la Gestapo confisca la maravillosa casa llena de obras de arte de Judith y la confina, junto a su hija, en un piso diminuto, lleno de chinches, propiedad de un conductor de tranvía, en el cual fueron hacinados muchos más judíos.

Imagínense cuantísimo cambian las apacibles vidas de Judith y su hija, en un instante, a partir de ese momento.

Continúa: logran escapar, pero poco después, detienen a Judith y esta vez, la meten en un tren de ganado, rumbo a su primer campo de concentración. Su situación se complica dramáticamente. No voy a contarles qué otras cosas le ocurren a Judith. Mejor es que lean el libro porque creo que les va a gustar. Y mucho.

Es una historia real, corta, dura, a veces muy triste, pero en todo momento muy interesante. Emocionante. Y, con una gran cosa: ... y es que Judith jamás pierde ni la esperanza ni las ganas de seguir viviendo, lo que le permite, finalmente, salvarse y reencontrarse con su adorada hija.

Provoca que a uno le hierva la sangre. Cautiva. Impacta. Está muy bien escrita. Tiene mucho gancho. Yo me acabé el libro de un tirón. No pude soltarlo.

Enhorabuena Carmen.

Afortunadamente, tal y como le ocurrió a Judith Rossemberg, algunas personas lograron salir con vida de los campos de exterminio nazis. Cuando las liberaron, no se lo podían creer. Estaban aturdidas. No sabían ni qué hacer ni adónde ir. Como prisioneros, su experiencia fue atroz, pero también, después de ser liberados lo pasaron muy mal. A muchos, ni les creían y casi nadie les ayudaba. Se convirtieron, prácticamente, en una tara. Algunos supervivientes incluso sufrieron remordimientos, por haber sobrevivido. Como le sucedió a Judith, no solo perdieron seres queridos, bienes, trabajo o negocios, sino que, además, tuvieron que enfrentarse al muy duro y difícil reto de rehacer sus vidas, muchas veces, en países lejanos y ajenos. Encima, con lesiones físicas y psicológicas.

Por fortuna, bastantes supervivientes - Judith incluida - acabaron forjándose nuevas vidas estupendas.

Judith Rossemberg, como todos los demás supervivientes del Holocausto, es un gran ejemplo, de cómo el espíritu humano puede sobreponerse a las circunstancias más trágicas.

He tenido la oportunidad de conversar, largo y tendido, con algunos supervivientes. Me hubiera encantado conocer a Judith Rossemberg. Me consta, que, a la mayoría de los supervivientes, no les gusta hablar de lo que les ocurrió. En muchas ocasiones, no

cuentan nada ni siquiera a sus cónyuges, hijos o familiares cercanos. ¡Imagínense!

Violeta Friedman, también superviviente y persona clave, para que la negación del Holocausto pasara a ser delito penal en España en 1995, cuenta en sus memorias, como ella y su muy querida y cercana hermana, durante décadas después de su liberación, jamás se contaron sus atroces experiencias como prisioneras en Auschwitz y otros campos.

Lo que les pasó, son recuerdos que, en general, los supervivientes quieren borrar de sus vidas y de sus mentes.

Por eso, me impresiona mucho — Carmen - cómo lograste que Judith se abriera y te contara con detalle sus avatares. Supiste hacerle sentirse muy cómoda.

Has de ser buena psicóloga y tener mucha mano izquierda, además de muy buena pluma.

Qué acierto que cuando la conociste decidieras - primero - recabar su historia durante horas, días y semanas, con perseverancia, y - después de un tiempo - tener el coraje de escribirla. Has sacado a la luz un testimonio vivo muy valioso y reivindicado lo que se sufre en un genocidio. Me ha encantado tu libro Carmen y te deseo mucho éxito con él. Cuanta más gente lo lea, mejor.

Creo, que suscitará en sus lectores, el deseo de no ser indiferentes, de no cerrar los ojos y de ayudar en lo posible, para que nadie vuelva a ser injustamente, perseguido, privado de su libertad o aniquilado, por motivos raciales, de nacionalidad o de convicciones y creencias.

Enhorabuena Carmen por contribuir a esta gran causa: la defensa de los más elementales derechos humanos.

Muchas gracias,

Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País
27 de febrero de 2019

Presentación del libro

El testimonio de una superviviente del holocausto nazi

Discurso de Carmen Rocamora García

En primer lugar mi agradecimiento a SS. AA. RR. Doña Ana de Orleans Princesa de Francia y a D. Carlos Zurita, Duque de Soria, por vuestra presencia.

Nos conocemos hace ya muchos años, podríamos decir, décadas ya, y siempre me habéis honrado con vuestra amistad y vuestro cariño.

La presencia aquí de VV. AA. RR es una prueba más de lo que estoy diciendo. Por ello quiero aprovechar esta tribuna para hacer público mi agradecimiento y deciros que vuestra venida esta tarde engrandece y da importancia a este acto, y que estaré siempre agradecida por vuestras constantes deferencias hacia mi persona y por vuestra amistad a lo largo de mi vida.

Gracias de nuevo de corazón.

Mi agradecimiento igualmente a D. David Hatchwel Presidente de la Fundación Hispano Judía que viene como representante de la Comunidad.

Viéndole aquí sentado, no puedo por menos de recordar a su padre D. Maurice Hatchwel que nos abandonó hace unos años. Él fue Presidente de la Comunidad Judía de Madrid y Líder de la Fede-

ración Sefardí en España. Pero además fue muy importante dentro de la Sociedad Española como gran profesional, incansable trabajador, y persona entrañable, generosa y acogedora. Pero sobre todo amigo querido, cuyo recuerdo no puede caer en el olvido.

Mi agradecimiento finalmente a los representantes de la Institución del Jad Vashem. Institución en recuerdo de las víctimas del Holocausto y al Director del Centro Sefarad de Madrid.

Es para mí un honor que hayan venido estos representantes de la Comunidad Judía a mi presentación, dada mi admiración constante y total por ese pueblo.

Y ahora voy a saludar a los integrantes de la mesa empezando por nuestra nueva y flamante Presidenta Doña Fátima de la Fuente, por haberme concedido el favor de poder presentar mi libro en esta Real Sociedad Económica Matritense, y en este lugar emblemático La Torre de los Lujanes considerado, el edificio civil más antiguo de Madrid.

Fátima de la Fuente ha tomado posesión del cargo hace solo unos meses y viene llena de juventud, fuerza y ese espíritu de perfección que la caracteriza, volcándolo en nuestra Sociedad.

Así que yo que lo veo día a día le doy la enhorabuena y me alegro en mi nombre y en el de los socios y amigos de la Matritense por la eficacia con la que ha emprendido su trabajo y por como conducirá la nave de la Matritense a buen puerto.

También saludar a D. Julio Iglesias de Usell, ilustre Catedrático de Sociología y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Si tuviéramos que enumerar todos los títulos de Julio Iglesias no acabaríamos hasta las doce de la noche, por tanto he memorizado unos pocos para no eternizar esta introducción.

Estudió en la Sorbona y en la Escuela de Altos Estudios en París. Es Doctor en Derecho. Ha sido Secretario de Estado de Educación

y hoy es Vicepresidente de la Fundación Ortega y Gasset. Por si todo esto fuera poco, ha escrito más de treinta libros así que no puede chocarnos lo que Luis María Ansón dice de él: «Julio ocupa un lugar muy destacado en el mundo de la cultura Española».

Para mí es un privilegio tener en esta mesa a una persona tan relevante en el campo intelectual, quizá la causa sea la enorme amistad que le une a mi marido más que mis propios méritos, pero aun así yo espero que con su conocimiento y sabiduría, dé, un enfoque distinto y elocuente a estas páginas que he escrito, que no son, sino la reivindicación de una persona asombrosa que pasó por mi vida y mi deseo de encumbrar su figura ante los demás.

Gracias Julio por enriquecer este acto con tu cultura.

Y..... !!! Qué no diré yo de Juan Carlos Sanz Briz!!!!... Él es nada menos que el hijo del Embajador Don Ángel Sanz Briz, persona a la que tuve el honor de conocer, ya muy al final de su vida, cuando era Embajador de España ante la Santa Sede.

En aquel entonces, Jaime, mi marido fue nombrado Presidente de la Vigésima Conferencia de FAO en Roma, y él tuvo la deferencia de invitarnos a cenar en la Embajada, con ése señorío que le caracterizaba y ése espíritu que le acompañó hasta el último día de su vida.

Pero es que el Embajador Sanz Briz, fue un auténtico héroe en el tiempo de la dominación nazi. Él, arriesgando su vida una y mil veces, fue capaz de liberar a más de 5.200 judíos de los campos de concentración y de la muerte. ¡A veces las cifras son interpretadas sin la elocuencia necesaria !... Pero si os digo que Schindler el famoso protagonista de «La lista de Schindler» que llevó a la pantalla Steven Spielberg, salvó a 1.200 judíos de la muerte y nuestro embajador a 5.200 comprenderéis la importancia de la cifra y el riesgo constante en que puso su vida.

Alegando que eran judíos sefardíes y en consecuencia de ascendencia española, les liberaba, dándoles cobijo en la Delegación, o en pisos que el mismo alquilaba que quedaban bajo inmunidad diplomática.

Varias veces acudió a las estaciones en las que se apiñaban los judíos en aquellos terribles trenes de ganado para ser llevados a los campos de concentración, y, con una valentía infinita, leía la lista de los nombres sefardíes y conseguía que aquellos nazis torturadores, consintieran en que bajasen de los vagones, y así, liberarles de unas torturas espantosas y de una muerte inminente.

El embajador Sanz Briz es conocido mundialmente como «El Ángel de Budapest», y, su figura fue engrandecida por una película del mismo nombre, en la que se ensalzaba su humanidad, llena de valentía, de honor y de grandeza. El gobierno de Israel le concedió el título de «Justo entre las Naciones» a través del Consejo de Jad Vashem. En aquel momento no había relaciones diplomáticas entre España e Israel, por tanto, el Ministro de Exteriores Fernando Maria Castiella que era su cuñado le aconsejó que no fuese a recoger el mencionado título. Sin embargo años más tarde lo recogió su viuda Adela Quijano, a título póstumo, en el año 1989, ya que nuestro embajador había fallecido en 1980.

Por ello, es para mí un privilegio, que su hijo se haya dignado presentar mi libro esta tarde.

Nuestro embajador, unió a su valentía, el ingenio y la astucia. A la primera lista de judíos, verdaderamente sefardíes unió otra, alegando que al ser hijos, nietos o padres de los anteriores, tenían el mismo derecho a ser protegidos por la embajada española... Y por fin, inventó una estratagema mediante la cual añadió las letras A, B, C, etc... a esta lista de 200, es decir 50A, 50B, 50C, etc... Ampliando así el número hasta los 5.200 mencionados. Hoy en día son 50.000 los descendientes de aquellos seres. 50.000 personas que le deben lo

máspreciado de su existencia, su propia Vida, a la Valentía el Ingenio y la Bondad de Ángel Sanz Briz.

Del Embajador podríamos decir lo que decían los judíos en los campos, cuando hablaban del Primer Ministro Británico: «No tenemos pan, no tenemos agua, pero tenemos a Churchill».

De igual manera, los españoles, tenemos que estar orgullosos de tener como compatriota a un hombre, que se atrevió mucho más que los gobernantes, diplomáticos, o simples ciudadanos de la época, a defender, poniendo en juego su vida, a un pueblo, que en definitiva, no tenía otra culpa ni otro pecado que haber nacido judío.....

Mil gracias Juan Carlos de corazón.

Bueno y ahora quiero explicar la idea y la razón de mi libro!...
Vamos allá:

Yo he escrito siempre sobre Arte. Mis primeros dos libros son crítica de Pintores Actuales, luego vino otro libro sobre 20 Museos de Arte Contemporáneo, otro sobre Las Vanguardias del Siglo XX y finalmente otro sobre La Adversidad que sufrieron ciertos artistas y su forma de superarlo mediante su ingenio y esfuerzo.

Ahora llegamos a este que no tiene nada que ver con los anteriores. La causa fue mi encuentro fortuito, dando yo una conferencia sobre pintores judíos en el edificio de la Sinagoga de Madrid, mi encuentro, digo, con una persona fabulosa: Judith Rosenberg, superviviente de cinco Campos de Concentración que tuvo la deferencia de contarme su historia. Después de muchas dudas e incertidumbres y de dejar pasar tiempo consideré que moralmente no podía dejar su historia en el olvido y que tenía que contarla al mundo para que se conocieran los sufrimientos de los que pasó ella y junto con ella un pueblo entero. Así ahora os la voy a contar a vosotros...

Introducción

Cuando la Historia no hace justicia.....

Cuando el terror es el único sentimiento posible....

Cuando el asesinato, queda impune....

Cuando el miedo impide denunciar al mundo, los horrores por los que pasó un pueblo entero....

Cuando las ofensas llegan al límite de la naturaleza humana y el que sobrevivió, no se atreve a recordar....

Cuando los países, conocedores de estos satánicos crímenes, hicieron oídos sordos y miraron para otro lado, fingiendo ignorancia....

RECLAMO EL DERECHO DE LOS SEIS MILLONES DE JUDÍOS, silenciados por la muerte, cuya historia, parecida a la que voy a contar, ha entrado en el olvido de la gente, en el desprecio o en la ignorancia...

Para vivir, no solo se puede mirar adelante. Hay que volver la vista atrás y aprender de los sufrimientos del pasado, para concienciarse de la forma cómo la locura supera a la razón, de cómo unos seres, (pocos ya), viven con el alma llena de cicatrices que nunca cerrarán..., de la grandeza de sus vidas y de la importancia enorme de sus personalidades.

Por ello, hoy, voy a relatar al mundo la terrible historia de una gran mujer, Judith Rossenberg, superviviente del Holocausto nazi, que ahogándose por el asma que cogió en los campos de concentración y entre gemidos de horror, nostalgia y sufrimiento, tuvo la gallardía y el valor de «sacar el demonio del cuerpo», (como ella decía), y, contarme su dramático relato.

Yo, lo voy a narrar, tal como ella me la contó, sin añadir, ni una coma, a toda esa catarata de asesinatos refinados, que por una parte, tenían la perspectiva de la «solución final», para el pueblo judío,

pensada por la mente enferma del mayor asesino de la Historia de este siglo, y, por otra, daba la posibilidad a una serie de desalmados, de convertir esas muertes en un deporte o divertimento perverso, cuya finalidad era recrearse, viendo morir, entre horribles dolores, a un pueblo, cuyo único delito había sido nacer judío.

Antecedente histórico

De hecho, hasta que el cazador de judíos, el nazi Eichman, fue capturado, llevado a Israel y sometido a un juicio justo, ningún superviviente había hablado... ¡No era creíble que un pueblo como el alemán, el más adelantado tecnológicamente de Europa, hubiese llegado a cometer semejante barbaridad !... Por eso, todos los que sobrevivieron, callaron... Simplemente porque el mundo no les hubiese creído, o lo que es peor, porque los pocos que intentaron hacerlo, recibieron como contestación: «Eso es el pasado, hay que olvidar!»...

OLVIDAR..... las palizas, el frío, el hambre, la humillación, la separación de los seres queridos, el miedo a la inminencia constante de la muerte, la soledad absoluta después de la liberación... Sinceramente, me parece que es impensable que ningún ser humano pueda olvidar tanta locura...

Antes de empezar esta narración, no puedo dejar de decir, que tanto Judith como yo, (en distinta medida, naturalmente), pasamos muy malos momentos, teniendo que interrumpir ciertos pasajes, para retomar otro día, pues a pesar de su fortaleza y de mi deseo de ayudarle, el pasado nos golpeó de manera insoportable, haciéndonos revivir el satánico sufrimiento que infringieron a su espíritu, del que, aseguro al lector, ella NO LOGRÓ ESCAPAR JAMAS...

Dicen que uno no muere del todo mientras haya alguien que le recuerde.....

Yo quiero que la figura de Judith Rossenberg no muera jamás!.... Que algún día dentro de muchos años, alguien lea esta historia y recuerde el difícil tránsito por el mundo que tuvo esta gran mujer.

Nuestro paso por la vida es algo tan corto que a veces nos parece un sueño lo sucedido, pues el tiempo nos roba cada vez más deprisa nuestras posibilidades y nuestro futuro.

También creo que la Vida pocas veces hace Justicia a los humanos. Sufrimos y morimos sin que nadie reivindique nuestra Historia.....

Por ello he querido terminar y publicar este relato.....

- En un mundo en el que muchos niegan el Holocausto
- En una era en la que nadie se preocupa por nadie y solo importa lo inmediato y lo absurdo
- En una civilización en la que el necio desea como meta ser «trending topic» de su estupidez en algún momento de su existencia.

Creo que hay que reivindicar la muerte de esos seis millones de judíos cuya opción vital se vio truncada por la barbarie, el odio y la maldad en grado sumo.

Para mí, ha sido un privilegio poder contarlo aquí para recordar al mundo la negrura que muchos quieren olvidar....

La fortaleza vital de Judith, la grandeza de su fe, la pasión por su hija, su lucha por sobrevivir me deslumbraron llevándome a la certeza de que todo ello debía ser dado a conocer para engrandecer su figura ante las generaciones futuras.

Y, desde mi pequeñez y limitación he querido con este trabajo, contribuir para que la Historia, por una vez, haga Justicia a la Realidad.